

En esa parte se usa defectuosamente, á veces, en los versos 49 y 99, ya asonante, ya consonante, y se hayan algunas faltas de gradación, como cuando se dice que «los levitas tuvieron *pavor y susto*.»

La parte quinta es una elegía que entona el poeta al contemplar las ruinas de la ciudad santa, elegía notable por lo sentido del tono y por la viveza de las imágenes.

Su grandeza y beldad están perdidas,
Sus calles enlutadas y desiertas,
Sus torres y murallas derruidas,
Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos
Sobre ceniza vil, gimen dolientes;
Sus vírgenes también con lloros vanos
Humillaron sus frentes.

La parte sexta es un correcto romance donde sólo una vez incurre el autor en el defecto de asonantar los versos impares. Tiene por argumento pintar, á grandes rasgos, con acento lírico de pena, los sucesos desgraciados y de Jerusalem en la época de los Mahometanos, de las Cruzadas, etc.

La parte séptima contiene la visión del juicio final, en gusto bíblico, y por medio de tercetos generalmente eufónicos y bien trabados, notándose pocas veces el abuso de la sinéresis ú otro defecto de forma. La falta más notable de la parte séptima consiste en una idea mezquina, suponer el poeta que al volver de un éxtasis vió se encontraba en un árido desierto *á la luz de un fósforo*. Concluye la parte séptima con un bello contraste, la descripción de Jerusalem después del juicio final.

Los montes no estorbaban el camino,
Saltaban de contento los collados,
Brillaba en lo alto el cielo cristalino.
Claros fuentes y lagos rosegados,
Vergües, huertos, frescas aamedas
Hallaba á su descanso preparados,
Y frutos en las grandes arboleas:
La mano del Eterno le cubría,
Dando sombra á sus sendas y veredas
Jerusalem, Jerusalem, decía
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda celeste repetía.

Entonces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
A que unieron alegres sus concientos
Los espíritus puros de la gloria.

En el verso segundo puede observarse una figura atrevida, propia de la poesía hebrea, las cuales usa el autor frecuentemente en sus composiciones religiosas.

La parte octava es el himno á que se refieren los últimos versos de la parte séptima. En ese himno se observan dos defectos; algún verso asonante en lugar de consonante, y una locución no sólo prosaica sino vulgar, y que choca más aplicada á Jehová.

Viva, viva Jehová, que en la guerra.....

Ningún defecto notable se encuentra en la novena y última parte del poema, siendo, por el contrario, una magnífica y elevada descripción apocalíptica, en cadenciosas octavas, de la celestial Jerusalem, con todo el lujo de la poesía oriental.

Los cielos y los astros de repente
En pavezas y en humo se deshacen;
Y otro cielo, otro sol más refrigente,
Y estrellas mas espléndidas renacen.
El alto empireo muéstrase patente,
Y entre luces sin fin, que de allí nacen,
Al suelo baja una ciudad divina,
Como esposa que al tálamo camina.
Y llega y se establece en el cimientó
Do la antigua Solima fué labrada:
Tiene de oro macizo el fundamento,
Más pura es que el cristal, más acendrada:
Tres puertas manifiesta á cada viento,
Cada una por un ángel custodiada:
Sus muros son crisólitos brillantes,
Zafiros, amatistas y diamantes.

Terminaremos la noticia de Jerusalem haciendo notar su carácter ecléctico. Del clasicismo tiene la Jerusalem: verdad esencial en los pensamientos; corrección del lenguaje; sencillez, claridad y naturalidad del estilo; buena versificación; el orden del plan. Del romanticismo se encuentra en la misma poesía el argumento moderno ó cristiano; alguna más profusión de adornos que los que se permiten los clásicos.

sicos, sin incurrir por eso en el gongorismo; concepciones ideales; variedad de metros que no usan los clásicos; arranques líricos más abundantes de los que admite la escuela clásica en los poemas. En lo general hablando, relativamente al lirismo y á la libertad de forma que se nota en *La Jerusalem*, haremos una observación. Ese poema pertenece á los llamados *menores*, donde se permiten las circunstancias dichas, según buenos preceptistas, como Revilla. (*Principios de literatura*.) Respecto á la conveniencia de variar en el poema, según las circunstancias, la entonación, el metro y el estilo, consúltese la *Fórmula* de Campillo Correa, lección 36.

Se cree generalmente que las mejores traducciones de Pesado se hallan entre las del género religioso, y que de éstas las más perfectas (aunque sin ser traducción directa del hebreo) son el *Cantar de los cantares* y algunos *Salmos*, tanto por la fidelidad de la versión como por la belleza de la forma en castellano. No nos detenemos en hacer observaciones sobre la belleza de la poesía hebrea, considerándolo superfluo cuando tanto se ha dicho sobre ella por autores competentes como Lowth, Herder, Hegel, Genoude, etc. Baste añadir que Pesado fué en México uno de los propagadores más entusiastas de ese género de bella literatura, si bien no el introductor, como observamos en el capítulo X, al tratar de Villerías Roelias.

Después de haber engalanado nuestro autor el Parnaso mexicano con todas las producciones que hemos ido estudiando ó citando, todavía quiso enriquecer nuestra literatura con una joya de gran valía, más característica del país, indígena, nacional, en una palabra. Tal es el carácter de la preciosa colección de poesías intitulada: «Las Aztecas,» tomadas de los antiguos cantares mexicanos. El mérito de «Las Aztecas» consiste en tres circunstancias: 1ª El idioma español, en que escribe el poeta, generalmente bien manejado. 2ª La forma poética, acercándose á la clásica, según lo que hemos explicado ya varias veces. 3ª Conservado, hasta donde es posible en una versión, el espíritu de la poesía azteca, de la cual daremos una ligera idea.

Los antiguos mexicanos medían sus versos para que tuvieran rotundidad y armonía. Con el fin de ajustarse al metro, usaban ciertas interjecciones ó sílabas de las que en al-

gunos idiomas se llaman *vacias*, esto es, que no tienen sentido, y servían á los mexicanos para completar el verso, el cual otras veces constaba de una sola palabra compuesta formada de muchas sílabas: esa clase de palabras abundan en el idioma mexicano, y son propias de su mecanismo polisintético. El estilo poético era vivo, brillante y figurado, al modo oriental, con personificaciones ó símiles de los objetos naturales. Poemas históricos, himnos sagrados, odas morales ó eróticas, descripciones, todo esto comprendía la poesía antigua de los aztecas. Debe advertirse respecto á los cantares del antiguo México, publicados por Pesado, que la traducción no es suya; lo que hizo fué poner libre y felizmente en magnífica poesía lo que á prosa castellana trasladaron otros. (Véase nota 3ª al fin del capítulo.)

Como poesías nacionales de Pesado, y de gran mérito, de lo mejor que escribió en el fondo y la forma, deben considerarse también los sonetos descriptivos intitulados: «Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba,» así como las «Escenas del campo y de la aldea,» donde vemos pintadas con gracia y viveza «La lid de toros,» «La carrera de caballos,» etc. Todas estas poesías objetivas son de más importancia artística que «Las Aztecas,» porque no solo la forma sino la idea pertenecen al escritor mexicano, salvo alguna reminiscencia de otro poeta, como rasgos de Tibulo que se notan en la *Imitación* con que comienzan las *Escenas del campo*.

Epilogando lo que hemos dicho respecto á Pesado manifestaremos, que para caracterizarle bien conviene remontarse á las literaturas donde se inspiró, con cuya mala ó buena combinación se presenta defectuoso, á veces; pero otras verdadero ecléctico. De la literatura greco-latina tomó Pesado, en ocasiones, el amor algo sensual que hemos censurado; pero en mayor compensación la belleza de la forma que hemos aplaudido. En la escuela italiana estudió el amor puro, el amor platónico: alguna vez Pesado, como los demás poetas platónicos, degeneró en una especie de metafísica amorosa. De la Biblia sacó nuestro poeta el estilo oriental de sus composiciones religiosas. Los sentimentalistas modernos, especialmente Lamartine, comuncaron á Pesado lo que á veces tiene de elegiaco, de melancólico. Combinando acertadamente la forma antigua (clásica) con las ideas y los sentimientos modernos (románti-

cos), llegó nuestro autor á ser poeta ecléctico. Pesado algunas ocasiones incurre en la falta de plagio; pero generalmente se presenta como excelente traductor, hábil imitador y aun, á veces, como poeta original.

No debemos concluir el juicio relativo á Pesado sin explicar bien que al admitir como eclecticismo literario la forma clásica ó antigua y el pensamiento romántico ó moderno, no pretendemos, respecto á la primera, la nimia observancia de las cuatro poéticas clásicas de Aristóteles, Horacio, Boileau y Vida, sino sólo admitir de ellas lo sólidamente fundado, según hemos observado otras veces, al tratar de Tagle. En los argumentos, el escritor puede tratar los antiguos, si bien á la luz de la civilización moderna. Por ejemplo, cualquiera puede hacer hoy el elogio de Sócrates; pero sin aprobar que fuese sodomita, porque esto repugna á nuestras ideas de moralidad.

No queremos aglomerar más ejemplos, ni más observaciones; ni es necesario, para caracterizar á Pesado, hacer mérito de otras composiciones suyas. (Véanse notas 4ª y 5ª al fin del capítulo.) Con lo dicho hasta aquí es bastante para que el lector se forme idea de lo que son las poesías que nos ocupan, y ahora sólo nos resta dar á conocer la persona del autor. Vamos á procurarlo, aunque por medio de una breve noticia, pudiendo consultar el que quiera más pormenores, la extensa *Biografía* escrita por D. José Mª Roa Bárcena (México, 1878).

* *

Don Domingo Pesado, español, y Doña Francisca Pérez, mexicana, aunque de ascendencia española, dieron el sér á D. José Joaquín Pesado, quien nació en San Agustín del Palmar, de la provincia de Puebla, el 9 de Febrero, año 1801.

Perdió D. José Joaquín á su padre antes de los ocho años; pero la dirección paterna fué suplida por la madre, señora virtuosa, firme é ilustrada.

Residiendo en Orizaba fué educado nuestro poeta en la casa materna, tomándose particular empeño la Sra. Pérez en hacer de su hijo un buen católico, como efectivamente lo consiguió. A su sincera religiosidad y á sus intachables

costumbres, reuña las cualidades de ser modesto, urbano, afable, de carácter apacible é igual, activo y metódico.

Dotado por la naturaleza de gran talento, mucha penetración y excelente memoria, supo con perfección diversas ciencias y varios idiomas, mostrando sobre todo facilidad para las ciencias morales y la bella literatura. Pesado, á los 22 años era ya un hombre formado no sólo en lo físico sino en lo moral, y desde antes de los 20 había comenzado á escribir versos.

Los méritos literarios y científicos de Pesado le valieron el título de Doctor por la Universidad de México, y los diplomas de muchas Sociedades científicas, literarias y artísticas del país, así como de algunas extranjeras, entre éstas la Academia de la lengua española.

En política figuró Pesado como diputado ó vicegobernador en el Estado de Veracruz, y ministro del interior ó relaciones en la capital de la República, durante poco tiempo. Se acusa generalmente á D. José Joaquín de exagerado é inconsecuente en sus opiniones políticas porque al principio de su carrera fué liberal exaltado, y después conservador intransigente. Por nuestra parte, nos abstenemos de juzgar á Pesado como hombre público y aun por sus escritos políticos, porque la presente obra es puramente literaria, y porque de cualquier modo que sea, queremos seguir la máxima de los antiguos romanos, *parce sepultum*. Por otra parte, Pesado puede disculparse, no sólo con la conocida sentencia «es de sabios mudar de consejo,» sino con la práctica de esa sentencia por algunos hombres célebres; v. g. Dante, que fué gúelfo y después gibelino.

Nuestro poeta, inclinado al afecto amoroso, según lo demuestra en sus escritos, fué casado dos veces, habiéndose radicado en México con la segunda esposa hacia 1850. Murrió tranquilamente rodeado de su familia y amigos en 1861.

NOTAS

1ª Al decir nosotros que la literatura romántica es todavía la del presente, tiene el sentido de que esa literatura es la moderna ó cristiana, nacida en la edad media, al espirar la literatura greco-latina. Giner, en sus *Estudios de literatura*, dice: «Cualquiera que sea la distancia que nos separe de nuevos ideas

les de cultura social, vivimos aun dentro de lo que llamamos *romántica*, y no ha salido de ella nuestro arte.»

2º Macaulay, en sus *Estudios literarios*, prefiere Shakespeare á Racine, mientras que Demaigeot en su *Historia de la literatura francesa* prefiere Racine á Shakespeare. *Amor patriæ ratio valentior omnia*. Es natural que el crítico inglés defienda á su compatriota, y el francés al suyo. Nosotros, respecto á los dos dramaturgos en paralelo, repetimos aquello de: *Magni sunt, homines tamen*. Cada uno tiene sus peculiares bellezas y defectos, Racine suele pecar por estudiado, y Shakespeare por demasiado llano. César Cantú, haciendo el parangón de estos dos poetas, dice que Shakespeare arrastra al espectador á través de rocas y precipios, mientras Racine nos lleva suavemente por los senderos de un jardín. El mismo Cantú elogia *los medias tintas* del poeta francés que otros críticos han censurado calificándole de *pálido*, entre ellos los españoles Menéndez Pelayo, y Giner. Por el contrario, el famoso humanista español, Burgos, llama á Racine «el más ilustre de los trágicos modernos. (Nota á la traducción de Horacio.) Martínez de la Rosa dice: «El drama más sublime de que tengo idea es la Atalía de Racine» (Nota al canto 6º de la *Poética*.) Campillo Correa (*Poética*) manifiesta que «Racine sobresale por la ternura y la delicadeza.» Chateaubriand y Madame Staël preferían la Fedra de Racine á la de Eurípides. Nos extenderíamos demasiado si hubiéramos de repetir todo lo que se ha escrito en justo elogio del dramaturgo francés.

3º Como, según dijimos en el capítulo I, no entra en el plan de nuestra obra remontarnos á la civilización de los antiguos mexicanos, de influencia nula para nosotros, sólo tocamos ese punto incidentalmente cuando viene al caso, como al tratar de Pesado. Agregamos ahora, que los aztecas tenían algunos rudimentos del arte dramático. Representaban escenas burlescas, en las cuales los actores se fingían cojos, sordos, tullidos, etc., ó bien se vestían de sapos, lagartijas ú otra clase de animales. Estas representaciones facilitaron la representación de los dramas religiosos que se verificaron recién hecha la conquista. El poeta más célebre de la raza indígena fué el rey de Texcoco, Netzahualcoyotl; pero hubo otros muchos, los cuales, por lo común, pertenecían á la clase sacerdotal. Ixtlilxochitl, en su *Historia chichimeca*, habla de una famosa poetisa que hubo en Tula. En la Gramática mexicana de Carochi, se hallan insertos algunos versos de los antiguos mexicanos; y de su *Teatro* da razón el padre Durán, á quien copió Acosta, y á éste otros muchos. Respecto á lo que hemos llamado poesía indo-hispana, véase el citado capítulo I.

4º Precedida de un prólogo del Obispo D. Ignacio Montes de Oca se ha publicado una tercera edición de las poesías de Pesado, que contiene las incluídas en la segunda edición, las impresas separadamente y algunas inéditas. Nos hemos aprovechado de esa tercera edición para hacer á nuestra obra varios aumentos y correcciones. Con el prólogo de Montes de Oca vamos de acuerdo en parte; pero no en los puntos que brevemente pasamos á examinar, citando las páginas respectivas.

Página VII. Montes de Oca cree que las poesías eróticas de Pesado (pertenecientes á la primera parte) más admiradas son «La primera impresión de amor,» «Mi amada en la misa del alba,» y «Rendimiento enamorado.» A nosotros nos parece de poco mérito la primera, por las razones dadas en el capítulo anterior.

Página VIII. Según Montes de Oca, «Petrarca y Herrera estaban presentes en la memoria de Pesado al escribir sus rimas amorosas.» Falta advertir que Pesado no sólo imitó á esos poetas en sus bellezas, sino á veces en sus defectos, en la metafísica amorosa.

Página VIII. Hablando Montes de Oca de la pureza de sentimientos de Pesado, asienta «que el que osare interpretar torcidamente esos versos que la niña más casta puede leer, daría pruebas de refinada malicia y poquísimo criterio.» Dejando á un lado el tono de regaño que tiene este pasaje de Montes de Oca, así como otros de su *Prólogo*, observaremos que dijo bien respecto á que Pesado no fué en sus poesías, obsceno ni deshonesto; pero es ir muy lejos suponer que nuestro poeta no tomo, en ocasiones, el color sensual de la escuela clásica. Pesado mismo corrigió sus poesías, en ese sentido, de la primera á la segunda edición, y dejando todavía algo que desear, según hemos observado nosotros. Ahora bien, por mucha que sea la penetración de Montes de Oca, no ha de conocer el espíritu de las obras de Pesado mejor que éste. Aquí, Montes de Oca, como vulgarmente se dice, se mostró más católico que el Papa.

Página VIII. Declara Montes de Oca «que le encantan varias poesías eróticas de Pesado, entre ellas la intitulada *Valle de mi infancia*.» Precisamente esta es una de las que tienen el color sensual de la literatura greco-latina á que nos hemos referido antes.

Página X. Asegura Montes de Oca que en materia de faltas prosódicas «se acomodó Pesado al gusto reinante entre los literatos en las diversas épocas en que escribió.» No es exacto, pues al hablar de Ortega (capítulo XII,) hemos explicado que éste dió á conocer en México la buena prosodia castellana, la cual Pesado tuvo bastante oportunidad de aprender con sólo la doctrina y la práctica de su compatriota.

Página XI. Montes de Oca hace suyo un pasaje de Menéndez Pelayo, donde califica á Pesado de *eximio poeta clásico*, y en donde ensalza el verso suelto de las poesías de nuestro poeta intituladas «El hombre,» «El sepulcro» y «La inmortalidad.» Refutando nosotros á Menéndez Pelayo, hemos explicado en el Prólogo de la presente obra, que Pesado no es clásico puro, y que *La Inmortalidad* es un plagio de Lamartine. Véase dicho Prólogo.

Página XI. Considera Montes de Oca que la poesía de Pesado intitulada *La Visión*, es una hermosa muestra «de lo que han dado en llamar subjetivo.» Creemos que los que han dado en clasificar la poesía en subjetiva y objetiva, han dado en hacer una cosa bien hecha, por ser una clasificación lógica, á saber, lo perteneciente al poeta, *al sujeto*, y lo que es externo, *el objeto*. Menéndez Pelayo, una de las autoridades de Montes de Oca,

llama á Hegel el Aristóteles moderno» (*Historia de las ideas estéticas en España*). Pues bien, Hegel, en su excelente *Curso de estética*, ha sido uno de los principales propagadores de la clasificación dicha, aceptada hoy por los mejores preceptistas, y declarada buena por el mismo Menéndez Pelayo (op. cit.) En el capítulo 20 de la presente obra, nota segunda, tratamos de la viciosa clasificación que se hace en México, de la poesía, por los que todavía no han dado en adoptar el sistema moderno.

Página XII. Dice Montes de Oca que «sería de desearse hubiera añadido Pesado una sección intitulada *Imitación de diversos*, para imponer silencio á los que le han acusado de aprovecharse de trabajos de los poetas extranjeros.» Pero como esa sección no se puso, resulta que Pesado hizo mal en ello, y bien los críticos en acusarle de plagio, cuando entre sus versos encuentran algunos ajenos sin aclaración sobre el particular.

Página XIII. Confiesa Montes de Oca que, si bien el nombre de Evasio Leone se halla en la advertencia que precede al *Cantar de Cantares*, traducción de Pesado, no se hizo lo mismo en el poema *La Jerusalem* «donde hay versos, estrofas y aun cantos enteros traducidos de Leone.» Disculpa esto Montes de Oca diciendo «que el plan del poema de Pesado no es idéntico, y que no podemos guardar rencor á éste porque nos hizo saborear en castellano las bellezas del carmelita toscano.» En crítica no hay rencor ni amor, sino imparcialidad y, por lo tanto, el crítico tiene que declarar *plagio en las ideas*, lo que hizo Pesado con algunos trozos de Leone, respecto á *La Jerusalem*. Del *Cantar de Cantares* observaremos que al citar Pesado á Leone, lo hace como uno de tantos traductores del poema, pero sin confesar haberse servido de la versión de Leone, nuevo peccadillo literario de D. José Joaquín, que en vano quiere ocultar Montes de Oca.

Página XIV y siguientes. Explica Montes de Oca que Pesado, en algunos salmos, acomodó al castellano los metros toscanos, lo cual, decimos nosotros, ser permitido; pero el mismo Montes de Oca declara que la bella expresión *ludibrio del viento del Israelita en Babilonia* es de Matti. He aquí, pues, otro caso de plagio, aunque breve. A los plagios de Pesado distraídos por Montes de Oca, con más ó menos sutilezas, y á los que hemos indicado en el capítulo anterior, pudiéramos añadir otros casos; pero para no ser prolijos baste, por ahora, el siguiente ejemplo. Los famosos versos de «Mi amada en la misa del alba,» que comienza diciendo, *Si gentil hubiera sido*, son tomados substancialmente del «Judas Macabeo» de Calderón de la Barca, hablando Lisias con Cloriquea. Véase Biblioteca de Rivadeneira, tom. 7, pág. 320.

Página XVIII. Montes de Oca hace suyo un pasaje de Menéndez Pelayo donde declara «que Pesado va al frente de todos los poetas mexicanos.» Pesado, no obstante sus plagios y demás defectos, es un buen poeta; pero no el mejor de México, según explicamos en el Prólogo de esta obra, refutando los errores en que ha incurrido Menéndez Pelayo al escribir sobre autores mexicanos.

Resumiendo: el Prólogo de Montes de Oca no es un juicio imparcial, sino una defensa apasionada y, en consecuencia errónea, como son casi siempre esa clase de escritos, especie de alegatos forzados, dedicados á ocultar defectos y abultar buenas cualidades, que se forman para dar gusto á un amigo, y que debían desterrarse como plaga literaria. Si no se cree en los prólogos, resultan perjudicados el elogiado y el panegirista; y si se cree, entónces el juicio público se extravía. También en España existe la plaga de los prólogos: según la obra intitulada *Ripios aristocráticos*, «en aquel país no hay libro malo que no vaya precedido de un prólogo de Menéndez Pelayo.» En lugar de los tales escritos se usaban antes elogios ridículos en prosa y verso, de los cuales se burló Cervantes, en el Quijote, así como el sabio comentador de esa novela, Clemencín.

El caso es que, en México, las alabanzas exageradas de Montes de Oca y de Menéndez Pelayo á Pesado no han producido entusiasmo á favor de éste. Ron Bárcena *Acopio de sonetos* (página 146), se queja, en substancia, del poco caso que se ha hecho de la tercera edición de las poesías que nos ocupan, mientras que recientemente, en el periódico *La Juventud Literaria*, se llama á Pesado, con toda claridad *plagiario*. Nosotros creemos habernos puesto en el *in medio virtus*, entre panegiristas y detractores.

En último análisis, propondríamos entre los amigos y enemigos de Pesado, esta transacción literaria. «Hacer á un lado lo relativo á plagios de Pesado, dando por supuesto que los confesó, y declararle excelente traductor, á veces, hábil imitador en otras, y buen poeta original algunas ocasiones, siempre inclinado al eclecticismo, á la combinación de la forma clásica con el fondo romántico.»

En el capítulo anterior hemos hecho un elogio de la poesía de Pesado intitulada *Mi amada en la misa del alba*, de la cual el sapientísimo literato y muy severo crítico Conde de la Cortina dijo lo siguiente:

«Cada una de las diez quintillas con que empieza esta composición, encierra un pensamiento completo, expresado con gracia, con morbidez y finura, y en una versificación tan rica como armoniosa. Creo que en el primer verso de la cuarta quintilla se deslizo un yerro de imprenta (que no se ha salvado en la fe de erratas del libro); pues dice

Objeto que sí contiene

Debiendo decir conforme al buen sentido,

Objeto que en sí contiene.

Entre todas estas hermosas quintillas sobresale la séptima, cuyo lenguaje recuerda la sublime sencillez de Rodrigo de Cota, y cuyos pensamientos pertenecen á la filosofía más pura y consoladora. No quiero privarme del deleite de copiarla en este lugar para que pruebe mejor mis aserciones.

Yo sé que sobre esa altura
es el amor más perfecto,
es sin ficción la ternura;
más inocente el afecto;
y eterna la paz y holgura.

En nada es inferior á esta quintilla la siguiente:

Unido á la amada mía,
visitara esas regiones
donde siempre mora el día,
bañados los corazones
de purísima alegría.

Las estrofas endecasílabas que siguen á estas quintillas tienen el mismo mérito. Su artificio métrico es muy natural, pues que alternan perfectamente bien los versos de once sílabas con los de siete, y esto debe servir de ejemplo á muchos poetas noveles de nuestros días, que creen dar mucho mérito á sus composiciones haciendo de ellas una pepitoria de metros que sólo sirve para fastidiar al lector y perpetuar la corrupción del gusto. Sin embargo, la imparcialidad me obliga á manifestar que en esta estrofa

Modesta virgen cuyas formas bellas
el cielo admira, el universo adora;
en cuyos ojos brillan las estrellas
y en tu frente la aurora,

se deslizo una falta de sintaxis, aunque se conoce desde luego que procede de un mero descuido. La sintaxis exige que pues se ha ido determinando la enumeración de partes por medio del pronombre *cuyo*, se continúe del mismo modo hasta el fin; y vemos que el último verso dice:

y en tu frente la aurora,

debiendo decir,

y en *cuya* frente etc.

Pero donde más brilla el ingenio y el exquisito gusto del autor, es en el romance que forma la tercera parte de esta composición. En ella se hallan unidas la ternura, la dulzura y la elegancia de Meléndez, á la pompa y majestad de Góngora. A un mismo tiempo viene á nuestra imaginación el romance de *Rosana en los fuegos*, y el de *Angélica y Medoro*.

En las estrofas que forman la cuarta división de esta pieza, campea la misma elegancia, la misma nobleza de estilo, y mayor sublimidad de pensamientos; pero entre tantas bellezas se hacen notar dos defectos. La primera estrofa dice:

Cuando en el templo postrada
estás ante el Ser inmenso
entre una nube de incienso,
símbolo de la oración.

Me parece que eres ángel
que al trono de Dios asiste,
y que por el hombre triste
intercede con fervor.

No puede ser más bello el pensamiento, ni más pura la dición, ni más rotundo y sonoro el verso; pero ese *me parece que eres*, del segundo cuarteto, es prosaico, y desdice infinito de los demás versos. ¿No podría variarse de este modo?

Como el ángel apareces
que al trono de Dios asiste. . . .

El segundo defecto se halla en los versos 6º y 7º de la segunda estrofa, en donde se han puesto como consonantes las palabras *afectos* y *conceptos*, no siendo sino asonantes.

La cuarta estrofa dice:

Con esas formas divinas
que acá en la tierra demuestras,
das al que te mira muestras
de la hermosura eternal.

Ya sé lo que vale el alma
que mis sentidos anima,
pues que conoce y estima
el precio de tu beldad.

He aquí uno de esos conceptos metafísicos que en manos de un poeta de menos ingenio, no hubiera producido más que un pensamiento alambicado, obscuro é ininteligible, al paso que expresado como está, con la sencillez propia de esa sublimidad poética, de ese entusiasmo que no se adquiere, sino que se recibe de la naturaleza, hace que esta estrofa sea la mejor de todas las de esta parte de la composición que examinamos.»

Vamos de acuerdo con todo lo que Cortina manifiesta, menos con que sea defecto consonar *afectos* y *conceptos*. El arte poético permite, por licencia, usar como consonantes palabras que rigurosamente no lo son, según explican, entre otros, Bello, en su excelente Ortología y Poética, pág. 92 (Chile, 1835), y Campillo Correa, en su Retórica y Poética, pág. 253 (Madrid, 1886). Después del Conde de la Cortina, todos los biógrafos y críticos de Pesado, nacionales y extranjeros, que han citado la poesía *Mi amada en la misa del alba*, lo han hecho con encomio, menos un crítico anónimo que en *El Tiempo de México*, Octubre 23 de 1889, se ocupó en hablar de nuestro capítulo anterior, impreso en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, tomo II, pág. 305. Ese crítico censura el trozo que transcribimos de dicha poesía según lo que vamos á copiar.

«La parte que de «*Mi amada en la misa del alba*» presenta el Sr. Fimentel nos parece que es la que conduce menos á probar que Pesado era poeta ecléctico, pues precisamente esa parte adolece del defecto de versos prosaicos y vulgares y, hasta de alguna imperdonable falta de rima, que es imposible no haya

notado el Sr. Pimentel, que suele fijarse en ápices de menor importancia.

Un cuarteto dice:

«En tu corazón se ocultan
de amor los puros afectos
y en tu mente los conceptos
de la ciencia celestial;»

en el que la palabra *conceptos* sobre ser enteramente prosaica, no es consonante de *afectos*. Además, llamar á Dios *Ser inmenso*, aunque es muy verdadero y alguna vez podrá ser oportuno, y por ende poético, en el pasaje á que aludimos, no lo es; la frase la *inteligencia* es también prosaica, y no lo es menos el verso

¡Oh! cuánto respeto imprimes:

que por otra parte presenta el defecto de no tener el verbo su complemento, pues no se dice en quién imprime respeto la dama; y los versos

Y reinas en una altura
harto superior á mí!

sobre ser inarmónicos, son prosaicos. La locución *altura alto superior* que no se oye mal en conversación familiar y hasta en un artículo de periódico, es horrorosa en poesía; y en ese mismo caso está la frase *estimar el precio* que se halla en otro cuarteto; frase demasiado comercial para que no la desdeñen las musas y más que otra alguna la delicadísima musa del amor.»

Comenzaremos por explicar, respecto á voces prosaicas, lo siguiente. Horacio en su arte Poética, enseña:

*Dixeris egregiè, notum si callida verbum
Reddiderit junctura novum.*

La doctrina de Horacio ha sido confirmada y desarrollada por preceptistas posteriores, como Martínez de la Rosa, *Poética* canto II nota 6, y Burgos, Discurso de recepción en la Academia Española. Martínez de la Rosa pone, como ejemplo de voces prosaicas usadas convenientemente en poesía, el *amarillo jaramago* de Rioja, y la *suelta cabra* de Herrera. Burgos hace ver que en las composiciones poéticas pueden usarse palabras tan comunes como los adverbios *cuando*, *donde*, etc., y aun voces bajas como *alcahuete* y *burdel*. El mismo Burgos explica que las voces prosaicas se usan no sólo en la poesía llana, sino en la elevada. Empero, la mejor defensa que tiene Pesado contra el criticador anónimo, es la siguiente: las palabras que el criticador señala como prosaicas *no lo son*. Desde luego tenemos, en nuestro favor, á Cortina, quien no censura las voces de que se trata. Entre Cortina y el criticador de *El Tiempo* hay esta diferencia, Cortina era maestro, y nuestro criticador es un *humilde aficionado*, según él mismo confesó en el artículo que le refutamos antes, capítulo I nota 4^a. Es notorio que los *aficionados* son los

que saben las cosas á medias. Vamos ahora á explicar porqué las palabras censuradas á Pesado no son prosaicas si bien, aun siéndolo, pudieran usarse en poesía, según lo manifestado.

Conceptos no es voz prosaica, es decir, común, vulgar, pues expresa una idea elevada que no está al alcance de todos, una idea que no solamente no es vulgar sino metafísica. Lo mismo sucede con *Ser Inmenso*, aplicado á Dios, y con *inteligencia*. El *humilde aficionado* no explica dónde está lo prosaico del verso:

¡Oh! cuanto respeto imprimes.

Acaño se le antojó que *imprimes* es lo prosaico, como si aquí significara «señalar letras ú otros caracteres en el papel.» mientras que su significación es figurada.

Altura harto superior, según el novel Aristarco que refutamos, es *horroroso*, en poesía, y lo mismo *estimar el precio*. Ahora bien, *harto* sería *horroroso* si significara *heno*, *indigesto*, *repleto*; pero aquí significa *muy*, siendo *harto*, en este caso, palabra más escogida que *muy*. *Estimar el precio* se defiende con una locución análoga usada por el divino Herrera, *pagará el censo*, locución aprobada por Burgos en su Discurso citado. Otra prueba de que las palabras examinadas no son prosaicas, consiste en observar que las usan en estilo elevado, y aun en verso, los maestros del idioma castellano, según puede verse entre las muestras de bien hablar que trae el primer Diccionario de la Academia Española, llamado *de las autoridades*. He aquí un ejemplo.

Y Urania celestial que de su ciencia
fué como la primera *inteligencia*.

Relativamente á la consonancia de *conceptos* y *afectos* ya hemos hablado.

Respecto á que el verbo *imprimes* no tenga complemento, lo que realmente resulta es que el *humilde aficionado* es quien carece de complemento en sus estudios, pues no solamente ignora el arte poética, según ya hemos visto, sino aun la gramática: no sabe que hay una figura de construcción llamada *elipsis*, la cual consiste en poder omitir en la oración una ó más palabras, cuando no hacen falta para el sentido del discurso, como sucede en el verso de Pesado. ¿A quién ha de *imprimir* respeto la dama sino al poeta que la canta? Por último, el *humilde aficionado* no nos explica en qué consiste lo inarmónico de los versos:

Y reinas en una altura
Harto superior á mí.

El criticador que nos ocupa, además de lo relativo al pasaje de Pesado, nos hizo otras dos observaciones que pasamos á contestar. Dice: Parécenos que Pimentel no anduvo acertado, cuando al hablar del cambio hecho por Pesado en el soneto «Elisa en la fuente,» sustituyendo los versos

«En medio de la fuente bulliciosa
los delicados miembros sumergías»

por estos otros:

«Y á orillas de la fuente bulliciosa
ocultos pensamientos divertías.»

afirma que «lo que ganó el soneto en espiritualismo lo perdió en naturalidad, pues no es probable que una persona cuando va á bañarse, en lugar de entrar al agua se entretenga en meditar.»

Lo contrario es lo cierto: al entrar al baño, sobre todo si se trata de un baño en una fuente, entre flores, á la sombra de los árboles, el alma se detiene á meditar en las cosas que más íntimamente le preocupan. En general, es observación que cuando el hombre queda á solas, cualquiera que sea el motivo, se entrega á meditar. Fácil sería justificar todo esto en el terreno literario con numerosas citas de novelistas y poetas; pero sería hacer demasiado largo este artículo.»

No hay imposibilidad absoluta en que una persona, antes de bañarse, se entretenga en meditar, y por eso limitamos nuestra aserción con las palabras *no es probable*, si bien guiándonos, para la aplicación del caso, según la regla general y no la excepción, como debe hacerse. Nuestro criticador, por su parte, no declara cuáles son los poetas y novelistas que acostumbran meditar antes de tomar un baño, así es que la prueba quedó sin valor alguno, y sujeto el asunto al solo dicho del articulista, contra el cual subsiste el de nosotros: en nuestra larga vida hemos observado que las gentes, cuando van á bañarse, llegan al baño, disponen sus cosas y se meten al agua, dejando para otra ocasión hacer examen de conciencia, buscar consonantes en la memoria ú otros actos mentales por el estilo.

Relativamente á los casos de plagio que hemos encontrado en las poesías de Pesado, dice nuestro criticador: «El Sr. Pimentel al juzgar á Pesado en ese punto, llega hasta la nimiedad.

No hay para el amor distancia.

dijo Pesado; y el Sr. Pimentel hace notar que ese verso es casi el de Meléndez:

Para el gusto no hay distancias.

Si de semejanzas análogas fuéramos á tomar cuenta á los poetas, ¿á dónde iríamos á parar?

Nos permitirá también el Sr. Pimentel una advertencia de esas que Mr. Víctor Hugo llama *de pedante*, pero que nos parece justo hacerle, ya que él lleva á tantos extremos su severidad con Pesado. No hemos podido recordar que el verso

Cantar quisiera, á solas, sin testigos,

sea de Fr. Luis de León.

Sólo recordamos aquello de

*Vivir quiero conmigo;
Gozar quiero del bien que debo al cielo
«A solas, sin testigo,» etc.*

Si á estos versos ha querido aludir el Sr. Pimentel, cuando en la página 315 del tomo II de la Revista acusa de plagio á Pesado, nos parece que no son la mejor prueba de tal aserto, pues la idea, el giro y el metro son tan distintos, que lo único que queda de común es sólo la frase; lo cual si no desvanece, atenua y mucho el cargo, como lo comprenderá cualquiera.»

Nótese que nosotros hemos señalado, en las poesías de Pesado, varios casos de plagio, de más ó menos importancia, y que el *humilde aficionado* se reduce á impugnarnos citando sólo dos de esos casos, *los menos marcados*, en lo que se descubre notoria mala fe, ó suma ligereza para censurar: el articulista debió haber probado «que hay originalidad en Pesado las diversas veces que le hemos acusado de plagio.» Obsérvese también que lo relativo á Meléndez lo ateníamos con la palabra *casi*. Empero, lo más curioso es, que el *humilde aficionado* negando que el verso *A solas sin testigo* sea de Fr. Luis de León, él mismo lo confirma encontrando inmediatamente el pasaje de Fr. Luis que nosotros omitimos citar. ¿Cómo acertó tan fácilmente con el verso *A solas sin testigo*, si no es de Fr. Luis? Cita, en su favor, el *humilde aficionado* á Montes de Oca, en el Prólogo á las poesías de Pesado, así como los escritos de Valera y de Campoamor sobre plagios. Esta cita no tiene valor alguno, porque nuestro criticador no explica el sistema de Valera ni el de Campoamor, y menos que se puedan aplicar esos sistemas á nosotros, á nuestro juicio respecto á Pesado, lo cual se entiende previa la admisión de los sistemas referidos: Valera y Campoamor no son infalibles y, en consecuencia, puede contradecirseles. Faltó, pues, que probar la mayor y la menor de un silogismo, es decir, todo. Hablando con franqueza agregaremos que el escrito de Valera, sobre plagios, nos es desconocido; pero que si hemos examinado la Poética de Campoamor, la cual juzgamos deficiente, confusa, desordenada y declamatoria en lo general, aunque contiene algunas observaciones interesantes. Empero, sea lo que fuere esa Poética, el caso es que lo que ahí se enseña acerca del plagio literario (capítulo III, párrafo 12) no se opone á lo que relativamente á los plagios de Pesado hemos dicho. De Montes de Oca recordaremos que precisamente le hemos refutado nosotros, y el *humilde aficionado* no demuestra que nuestra refutación sea falsa, contentándose con decir «que hemos sido injustos con Montes de Oca;» pero sin explicar en qué consiste la injusticia.

No debemos concluir esta nota sin manifestar que en el periódico *El Partido Liberal*, hemos leído dos artículos, fechas Octubre 30 y Noviembre 1^o de 1889, donde se comenzó á impugnar el erróneo juicio de *El Tiempo* de que hemos tratado. Contrayéndonos á lo que más directamente nos toca de esa polémica, sólo haremos esta breve observación. Según *El Partido*

Liberal, en buen castellano no se dice *entrar al agua*, como hemos escrito nosotros, sino *entrar en el agua*. Para no ostentar una erudición innecesaria, nos reduciremos á citar, en nuestro favor, á Salvá, quien enseña, puede decirse, en lecciones iguales á la nuestra, lo mismo *entrar en* que *entrar á*. Véase la Gramática de Salvá, página 286, Novena Edición.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

HISTORIA CRÍTICA DE LA POESÍA EN MÉJICO

	Págs.
INTRODUCCIÓN.—Objeto é importancia de las bellas artes, principalmente de la poesía.— Utilidad de la crítica.—Notas.....	7
CAPÍTULO I.—Elementos de que se formó la nación llamada Nueva España.—Introducción en ella de la poesía europea, y estado de ésta durante el siglo XVI.—Poetas que allí figuraron en el mismo período, de quienes quedan noticias.—Motivos por qué se conocen pocos poetas mexicanos del siglo décimosexto.—Poesía indo-hispana.—Notas.....	25
CAPÍTULO II.—Apuntes sobre Fernán González Eslava y sus obras.—Los autos en España y en México.—Carácter literario de los autos.—Coloquios y canciones de González Eslava.—Notas.....	60
CAPÍTULO III.—Noticias sobre D. Antonio Saavedra Guzmán y su poema «El Peregrino Indiano.»—Diversos juicios acerca de esta obra.—Análisis de ella.....	104
CAPÍTULO IV.—Carácter de la poesía en México durante los siglos XV y XVII.—Noticias de varios poetas del siglo XVII.....	132
CAPÍTULO V.—Biografía de Sor Juana Ines de la Cruz.—Juicio de los antiguos y modernos sobre sus obras.—Examen de ellas.—Resúmen y conclusión.—Notas.....	160
CAPÍTULO VI.—Apuntes biográficos y bibliográficos del P. Diego José Abad y sus escritos.—Análisis de la obra Heroica de Deo Carnaina.—Obras poéticas sobre Jesucristo, del género narrativo, escritas en México.....	207
CAPÍTULO VII.—Noticias de D. Francisco Ruiz de León y sus obras.—Análisis del poema «La Hernandía.»—Algunas observaciones sobre el libro intitulado «Mirra dulce para aliento de pecadores.»—Obras en verso, sobre la conquista de México, escritas por mexicanos ó residentes en nuestro país.....	242